Ropa, moda y cuerpos 08/11/2013

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Cuando nos preguntamos por qué usamos prendas de vestir, lo más probable es que respondamos que necesitamos brindar cuidado a nuestro cuerpo debido a las inclemencias del clima. E incluso, podemos pensar que usar ropa nos resulta más cómodo que andar desnudos. Sin embargo, no sospechamos que una de las principales funciones del vestir sea su utilidad simbólica. Esto es, comunicar algo de nosotros mismos.

En ese sentido abundan los ejemplos que muestran que las ropas no necesariamente nos ayudan con el cuidado de nuestra salud ni resultan cómodas, pero las usamos debido al placer que nos brindan por lo que comunican: que somos jóvenes, que somos modernos, que tenemos dinero, que pertenecemos a un grupo privilegiado e incluso nos satisface identificarnos con una marca cargada de significados socialmente valorados (no es lo mismo usar zapatillas Nike que Mike).

Tomemos el caso de los zapatos con grandes plataformas y enormes tacones, tan de moda hoy para las mujeres. Siendo honestas, ni son cómodos (no podemos correr o andar sin traspiés por las calles de Lima) ni cuidan especialmente de nuestra salud; sin embargo, valoramos vernos más altas y esbeltas, aunque caminemos arrastrándonos y con dolor de piernas.

Lo curioso es que a pesar de los grandes cambios que hemos ido logrando en términos de igualdad de género en los últimos años, la forma en que nos vestimos hombres y mujeres ha cambiado relativamente poco, indicándonos que todavía hay mucho por hacer. La norma femenina nos exige andar apretadas, con zapatos de taco, con escotes a pesar del frío y-entre muchos otros requisitos como las depilaciones- a entrar en tallas cada vez más diminutas. No creo equivocarme si digo que en estos menesteres los hombres sí se la llevan fácil, pues su posición de poder histórica los ha llevado a andar mucho más cómodos, seguros y saludables por la forma en la que visten.

Y, a pesar de las evidencias cotidianas, no nos damos cuenta de cómo las ropas nos atrapan en roles de género y son los artistas quienes nos hacen notar lo obvio respecto a cómo vestimos, posamos y actuamos. La fotógrafa canadiense Hana Pesut pidió a parejas de hombres y mujeres que se fotografiaran de pie uno al lado del otro, para luego repetir la toma pero con las ropas del género opuesto. Lo que uno observa –más allá de lo jocoso de ver a hombres y mujeres con ropas desproporcionadas para sus cuerpos– es la norma diferenciada de género: todos los hombres incómodos, pero todas las mujeres cómodas y relajadas cuando cambiaban de ropa.

Otro ejemplo curioso es el de una campaña de marketing que fotografió a modelos femeninas con escasas ropas y típicas poses seductoras con motos e hizo lo mismo en paralelo con hombres vestidos exactamente como las mujeres y con las mismas poses. El ridículo salta a la vista, principalmente porque no imaginamos a los hombres sumisos, con ropa estrecha, y listos para seducir con poses femeninas.